

LENGUA, PATRIA, POESÍA

Rodolfo Alonso, *in memoriam*

No consigo dejar de sonreír cuando me imagino la sorpresa con que el inmenso Fernando Pessoa, si consiguiera despertar de su sueño, descubriría que le recuerdan esta ahora célebre frase: “Mi patria es la lengua portuguesa”. Y que aún vino a generar otra —según el mismo mexicano lo admitió— de Octavio Paz: “La patria de los poetas es su lengua”, que también ha hecho su camino. Y no es casual que aquello que siendo último reconoce raíces muy antiguas, haya aparecido a la vez como renovador y aclaratorio de sus antecedentes. Ya que el adagio acuñado a partir de Pessoa dejaba traslucir de una manera fecundamente ambigua (y recordemos que el lenguaje de los hombres es tan ambiguo como la mismísima condición humana), algo planteado por Paz a la vez como una verdad más universal y más orgánica.

Puesto que en el caso de Pessoa, que en su juventud soñó llegar a ser algo así como un super Camoens, es decir un nuevo tipo de poeta nacional —pero también un poeta nacional de nuevo tipo—, la lengua portuguesa es la misma de toda la entera y precisa patria portuguesa, y no habría por ese lado aparentemente factor de conflicto. Que sí aparece en cuanto nos damos cuenta que la obra poética de Pessoa, con la sola excepción quizá de su inicial *Mensaje*¹ (por otra parte su único libro publicado en vida), es justamente todo lo contrario de lo que podría esperarse de un *poeta nacional*, en el sentido a que hasta ahora habíamos estado acostumbrados.

La obra entera de Pessoa, e inclusive su mismísima personalidad, su propia biografía individual, ejemplo máximo de verdadero apartamiento y empecinada huida de hasta la más mínima notoriedad, es la antípoda perfecta de la extroversión grandilocuente y el belicismo más o menos estruendoso que acostumbraban erigir los aspirantes a poetas nacionales.

Desde la exacta cosmovisión del más humilde hombre común, el hombre vuelto prácticamente mártir ultra anónimo y cotidiano de la especie, tanto el idioma de Pessoa como sus referencias localistas no son la consecuencia de una actitud digamos imperial, de asunción de la presunta majestuosa soberanía de su país —en este caso Portugal— sobre el mundo entero, sino por el contrario el testimonio desgarrador y desgarrado (muy en el estilo de un Kafka) con el que una

circunstancia original y legítimamente portuguesa alcanza una innegable dimensión universal.

Con lo cual aquella frase suya del comienzo, hoy convertida en símbolo, vendría a tener por lo menos dos lecturas, absolutamente diferentes e incluso antípodas: una —literal—, la de que su patriotismo se constituye básicamente por el hecho de emplear la misma lengua utilizada en el espacio físico de su país; otra —más rica—, la de que su verdadera patria es la lengua llamada portuguesa, pero que en realidad no está solamente ligada con el espacio físico concreto, geográfico de su país, sino que aspira a una dimensión más universal, menos limitativa.

Yo siento que hay en ello una cuestión muy rica, muy compleja, muy fecunda, y me gustaría que aquí² tratemos de iluminarnos algunos de sus aspectos. En el caso de Fernando Pessoa, un portugués, la correspondencia entre su país de origen y la lengua que allí se habla es fácil y directa, puesto que Portugal es monolingüe. Distinto sería el problema si, por ejemplo, cruzamos la frontera y nos internamos en nuestra querida España, donde sabemos que, además del castellano, se hablan y se escriben por lo menos el catalán, el vasco y el gallego. E igualmente sería distinta la cuestión si —desde otro ángulo— recordamos que hubo escritores capaces de realizar una obra inmensa en una lengua que no era la de su país de origen. Si el polaco Joseph Conrad, convertido en un maestro de la prosa inglesa, no fuera suficiente, recordemos al ruso Vladimir Nabokov (que inclusive contaba ya con una respetable producción en su idioma natal), capaz de construir también en inglés una brillante obra literaria que alcanza incluso las sutilezas de *Pálido fuego*, directamente en íntima relación con la poesía. (Con la cual por supuesto está en una comunicación no menos cercana la prosa del citado Conrad).

Ocurre que las lenguas no siempre coinciden estrictamente con los espacios geográficos de las patrias. En primer lugar, como un problema interno. Además del ejemplo citado de España podríamos pensar en la Suiza multilingüe, en la Bélgica dividida entre dos si es que no tres sectores idiomáticos, la Italia poblada por fecundos dialectos que otros querríamos llamar también idiomas (Pier Paolo Pasolini, por ejemplo, publicó sus primeros libros en friulano), o el Canadá

¹ *Mensaje*, de Fernando Pessoa, traducción de Rodolfo Alonso (Emecé, Buenos Aires, 2004).

² Esta ponencia fue leída por el autor, en Buenos Aires, el 10 de agosto de 1987, en el acto de inauguración del Encuentro Internacional *El Poeta y la Cultura en Hispanoamérica, 1950-1985*, organizado por el Sector Cultural de la Embajada de España en la Argentina.

escindido entre el francés y el inglés. En muchos casos, esas multiplicidades idiomáticas representan también orígenes diversos cuando no rivales que, en ocasiones, hasta suelen dar lugar a feroces luchas intestinas.

Pero también está el idioma como instrumento del imperio. Cuando un país domina a otros, cuando llega inclusive a alcanzar un dominio mundial o planetario, suele llevar consigo su idioma. No es por casualidad que una de las primeras medidas de todas las potencias imperiales, cualquiera sea su signo, es prohibir o limitar el uso del idioma local. Y tratar de imponer el propio. Y ese idioma impuesto pervive y fructifica muchas veces en lugares geográficos distantes, en otros países que luego reclaman y constituyen su independencia, pero que guardan ya como propio en su seno el idioma del antiguo invasor. Así como el fruto de una violación puede llegar a ser tanto o más querido que un hijo voluntariamente concebido, así también hay pueblos que ya no pueden dejar de expresarse en el idioma de sus amos de ayer. El África negra, terreno antaño de la vergonzosa e indignante industria de la esclavitud, es hoy un cabal ejemplo de ello. Las lenguas locales, fueran unitarias o múltiples, han sido sustituidas por el prestigioso idioma del invasor de ayer, y así pudo llegar Léopold Sedar Senghor a ser a la vez presidente de Senegal y miembro de la Academia Francesa, o el martiniqués Aimé Césaire (para volver a nuestras costas) componer sus rebeldes poemas de la negritud en el mismo idioma de sus conquistadores.

En Brasil y en Angola se habla el portugués. ¿Pero hubiera podido un poeta brasileño o angoleño mantener la misma rica ambigüedad al repetir con Pessoa: “Mi patria es la lengua portuguesa”? La parte de verdad que habría en ese hecho, resultaría ahora más limitada, más acotada. La expresión “lengua portuguesa” no implicaría entonces tan sólo al idioma oficial de un territorio constituido como país, en este caso Portugal, sino a una entidad de alcance mucho mayor y más vasto, ligada y al mismo tiempo independiente de aquella referencia geopolítica. Lo que Pessoa pudo decir manteniendo el carácter ambiguo, polisémico del mensaje, cambiaría de sentido en boca de Manuel Bandeira o de Agostinho Neto. Y sin embargo, también en ellos, una parte de aquel concepto, la que luego iba a recuperar Octavio Paz, mantendría su sentido.

En el caso de nosotros, hispanoamericanos, pero en realidad iberoamericanos (si no olvidamos al Brasil), y mejor aún latinoamericanos, el problema es más complejo. Porque los que heredamos la lengua de España no recibimos el idioma único de una nación físicamente establecida, sino el idioma de un sector de esa nación: Castilla, que había llegado a constituirse primero en el idioma de aquel país imponiéndose sobre otros y luego, a través del mal llamado descubrimiento (nadie acepta haber sido descubierto sin renunciar a la categoría de sujeto, el que descubre siempre es *otro*, externo, ajeno) y la aventura de la posterior colonización, en un idioma también imperial. No es por casualidad que Amado Alonso

llamó a uno de sus libros más lúcidos *Castellano, español, idioma nacional*, planteando así claramente tanto la cuestión como las disyuntivas. Así como tampoco es casual que uno de los miembros intelectualmente más inquietos de nuestra brillante generación literaria argentina de 1837, el impar Juan María Gutiérrez, se negara a aceptar el ofrecimiento de formar parte de la Real Academia Española, en una actitud que me parece de suma importancia y sobre la cual volveremos más adelante. Nosotros, entonces, ¿cómo debemos denominar a nuestra lengua: castellano o español? Y sobre todo cuando bien sabemos que nuestras peculiares características, el uso y el abuso que legítimamente hemos hecho de esa lengua la han convertido para bien y para mal, fonética y conceptualmente, en un idioma nacional, que si bien puede ser entendido en otras latitudes siempre sonará distinto a oídos extranjeros, aun que sean de la misma familia.

La democracia que supimos conseguir, también felizmente renacida y consolidada en España, nos ha devuelto asimismo la limpidez de esta cuestión. Así como en los tiempos del ensueño imperial se hablaba allí de la “cultura hispánica”, hoy la sensatez democrática se atiende sabiamente a la “cooperación iberoamericana”. La democracia española no sólo ha restituido el poder federal de autogobierno a sus regiones autónomas, sino que ha reconocido no menos fecunda y sabiamente la pluralidad de sus idiomas. Hoy el castellano es en España uno de los idiomas nacionales, pero no el único, puesto que también lo son ahora por lo menos el gallego, el catalán y el vasco.

¿Un hispanoamericano, entonces, qué querría decir si, parodiando a Pessoa, afirmara: “Mi patria es la lengua española”? ¿O, mucho más limitadamente aún, pero también con cuanta mayor precisión: “Mi patria es la lengua castellana”? Querría decir, en el mejor de los casos, entre otros contenidos más o menos latentes o manifiestos, que su lengua es la continuidad trabajada por su historia personal y la de su país de origen de un idioma nacido de otros en una de las regiones de España, que primero se impuso en la península y luego se volvió imperial, y que hoy constituye la herencia viva de muchos y diferentes países. Países como Filipinas, donde el castellano se encimó al tagalo original para ser destronado luego por el ascendente inglés no de los británicos sino de los cada vez más influyentes norteamericanos. Países como Puerto Rico, donde también la influencia cuasi incontenible del estadounidense vulgar está asediando a uno de los castellanos más hermosos del mundo. Países como los mismos Estados Unidos, donde la cada vez mayor población de origen hispano está introduciendo también cuestiones diversas relacionadas con este tema, todas acuciantes y todas imperiosas, desde el asunto chicano hasta los Departamentos de Español prácticamente en todas las universidades y la concreción de uno de los mercados más pingües para la industria editorial en nuestra lengua.

Los idiomas están y no están relacionados con ámbitos geopolíticos estrictamente nacionales. En realidad, cada

situación es específica, pero también es cambiante. Cuando Rosalía de Castro implica el resurgimiento gallego al utilizar ese idioma en sus *Cantares gallegos*, libro aparecido en 1863, no sólo recupera la lengua oral que muchos habían mantenido viva durante siglos, sino que también la convierte en universal y en nacional a la vez. Con la utilización en sus poemas del gallego no sólo el idioma de Galicia vuelve a tomar existencia literaria, y por lo tanto sociocultural, sino que un pueblo entero, una entera comunidad, vuelve a constituirse, alrededor de ese hecho aparentemente sólo literario. Y téngase bien presente que no es sólo por haber sido escrita en gallego o por tratar temas gallegos que la lírica de Rosalía es lo que es e hizo lo que hizo. Fue justamente por ser una gran poesía, una poesía incluso de alcances universales, pero escrita no sólo en el idioma de sus ancestros sino en el de sus coterráneos, tantas veces e involuntariamente no ilustrados, que ambos se constituyeron al mismo tiempo: su poesía en gallego como fenómeno estético a la vez nacional y universal; Galicia y su pueblo como entidad culturalmente diferenciada y que al principiar el resurgimiento de su literatura escrita después de siglos de obligado silencio intelectual, también renacía como sociedad y como cultura para pedir un lugar al sol entre los pueblos de España, entre *las Españas*. Pero aun allí hay anécdotas sumamente ilustrativas. Rosalía sólo utilizó el gallego en dos de sus libros de poemas, pero no lo hizo así en su narrativa o en su correspondencia. Inclusive su propio esposo, el patriarcal Manuel Murguía (también uno de los primeros próceres intelectuales de aquel resurgimiento nacional), escribió su *Historia de Galicia* en castellano y no en gallego. Son algunos de los dramas que la cuestión del idioma puede hacer vivir a una conciencia libre y preocupada.

Es sabido que Augusto Roa Bastos era uno de los más grandes escritores paraguayos, y uno de los más ligados tanto a las luchas por devolver la plena democracia a su patria (actitud que pagó con largos años de exilio) y a comunicarse con su pueblo. Ese pueblo al que decenas de años de autoritarismo mantuvieron encadenado en grandes proporciones al analfabetismo, ese mismo pueblo que habla orgullosamente el guaraní. Si Roa Bastos hubiera querido — como quería— comunicarse directamente con su pueblo, hubiera debido escribir en guaraní, con lo cual quizá perdiera en principio no sólo su posibilidad inmediata de resonancia universal sino también su tiempo, porque la mayoría de los que en su patria hablan guaraní acaso no sabían leer. Algo similar le ocurrió al gran peruano José María Arguedas con sus amados indios, que no sabían leer y sólo hablaban quechua. Si hubiera escrito en quechua no hubieran podido leerlo, por no saber leer, y escribiendo en castellano no escribía en el idioma que era suyo y de ellos, con los cuales se identificaba.

Hablando de estos temas recuerdo la polémica opinión con que ciertos felizmente empecinados galleguistas no aceptaban que don Ramón María del Valle-Inclán fuese un escritor gallego, por el hecho de haber escrito en castellano.

Fue necesaria una entera y magistral conferencia del indiscutido e insobornable símbolo del más límpido galleguismo, nada menos que Alfonso R. Castelao, defendiendo y aceptando la insoslayable y evidente galleguidad implícita en la obra del gran escritor, para que esas iras comenzaran a amainarse (aunque nunca del todo, por desdicha). Como tampoco es casual que en aquel crucial año de 1922 —el mismo año en que César Vallejo edita *Trilce* y en que irrumpe el originalísimo modernismo brasileño—, el idioma inglés recupera su puesto de vanguardia en la literatura universal con dos obras fundadoras: el *Ulises* de James Joyce y *La tierra baldía* de T. S. Eliot. Sendos autores que, significativamente, no eran nacidos en Inglaterra, ya que Joyce era irlandés y Eliot norteamericano.

Como vemos, la relación de las lenguas con las patrias no se presenta en forma simple, lineal, sino compleja, e inclusive concéntrica. En primer lugar, porque la cuestión de las lenguas supera con mucho los límites de una idea de patria fijada apenas en un espacio geográfico. Dado que hay países donde se habla una sola lengua y otros que tienen dos o varias, y de esas algunas aceptadas y otras no, y hasta las hay con conflictos entre sí. Hay países que han derramado su lengua por el mundo, y otros que han visto suprimida o apagada la lengua local —cuando no eran varias— para terminar finalmente identificados con aquella. Hay otros países donde las primitivas lenguas locales subsisten pero en relación de inferioridad, y otros donde todas conviven francamente, en pluralidad y libertad. Así como también hay idiomas que han asumido durante mucho tiempo una de las pocas representaciones posibles de la identidad nacional o local, y que han corrido distinta suerte. Y así sucesivamente.

Los avatares geopolíticos pero también sociopolíticos y lógicamente socioculturales de las relaciones entre lengua y patria, no parecen por lo tanto sino otra de las representaciones de su historia. Las patrias y las lenguas se fecundan entre sí, y hacen a los hombres al mismo tiempo que ellos las hacen. Como ocurre por lo general con toda cosa viva, la relación es de ida y vuelta, de intercambio, de diálogo, de interpenetración, y donde hay muerte vuelve a surgir la vida, y donde hay vida siempre rondará la sombra de la muerte. O, al menos, de la transformación. Porque así como a fines de la segunda guerra mundial, después de la irracional y terrible danza de la muerte en que concluyó uno de los más ambiciosos delirios racistas que haya conocido la humanidad, el siniestro nazismo, la Unesco a solicitud de todos sus estados miembros pudo llegar a la evidente conclusión de que es imposible imaginar siquiera a alguna raza pura, también resulta irrefutable que no hay lengua pura: ni por su pasado, hecho de infinitas y mutuas fecundaciones de otras lenguas, y también de muchos hombres y comunidades, ni tampoco por su presente o su futuro, pues no hay lengua viva que pueda seguir siéndolo sin la combustión inherente a su propio organismo, a su propio devenir.

Y es que la misma idea de patria no deja de plantearnos también una problemática en cierto modo similar. Rilke dijo, alguna vez, sabiamente, que la verdadera patria de cada hombre está en su infancia. Y eso coincide exactamente con la idea de una patria abierta, solidaria y fraternal, dispuesta frente al mundo en actitud cordial, y que se opone por lo tanto al concepto de patria encerrada en sí misma, a la defensiva cuando no belicosa, y que contempla al planeta como guarida de potenciales enemigos cuando no como ajeno dominio o presa a conquistar. En este sentido también las imágenes posibles pueden ser concéntricas, y el amor al terruño local no impide el amor a la nación mayor, y luego a la humanidad, la patria final, planetaria, hecha de todas las patrias de uno y de otros, y dentro de la que todos nos reconocemos.

En un sentido lato, pero no lineal, bien sabemos que en términos jurídicos se utilizan dos criterios para discernir la nacionalidad: el *jus sanguinis* y el *jus soli*, es decir: los hijos de la sangre y los hijos del suelo. Los países antiguos, muchas veces los países centrales, que se han expandido fuera de sus fronteras, prefieren el criterio de la consanguinidad: los hijos y hasta los descendientes de los nacidos de su sangre siguen siendo hijos suyos. Los países recientes, los que se han constituido por invasión o migraciones, países que han visto sus sangres mezcladas con otras sangres, sin duda prefieren considerar que la nacionalidad la da el lugar de nacimiento. Ese problema, en cierta medida común a muchos países de origen colonial (pero sólo a aquellos donde hubo auténtica cruz de sangres), también implica la cuestión de la lengua.

Como se verá más adelante, el digno y razonado gesto de rechazo de nuestro Juan María Gutiérrez, devolviendo el diploma de miembro de la Real Academia Española mediante una larga carta fechada un día antes de culminar 1875, se impone como un momento clave, más que significativo, de la vida intelectual argentina. No sólo porque allí se implican claramente los asuntos de carácter político y social que están siempre ineludiblemente entrelazados con estas cuestiones, sino también porque no deja de adelantarse a verdades que quizá recién ahora comienzan a plantearse: el lenguaje es a la vez personal y público, íntimo y general.

Para aquellos que no pensamos las patrias como entidades orgullosamente aisladas y siempre en busca de conflicto o de supremacía con las otras, para quienes aceptamos que la patria del hombre es su infancia y que, siempre amando a la nuestra, a la tierra donde anida nuestra memoria, aceptamos también que hay una patria mayor, común a todos, que es la humanidad, la lengua nacional no sirve sólo para darnos identidad sino también para darnos mundo. Pocos como los auténticos poetas pueden proporcionar a la vez esa múltiple evidencia de que la lengua nos revela como personas, como habitantes, como ciudadanos y como conciencia universal. Tan terrible y sencillamente como la vida misma, el lenguaje que usamos es también el lenguaje que nos usa para sobrevivir, que nos alimenta y que se alimenta de nosotros.

Y son esas mismas lenguas las que crearon sin duda, espontáneamente, la primera literatura de todos los pueblos: la literatura oral. Ahora, cuando los inmensamente poderosos medios masivos de comunicación, las técnicas cada vez más refinadísimas de seducción y persuasión, el imperio del audio y del video, van sustituyendo esa actitud creadora de las comunidades y los pueblos con respecto a su propio lenguaje, por otra actitud más pasiva y aletargada, más de consumidor que de productor o creador, es sin duda en la voz de aquellos poetas que no se resignan a perder esa primigenia actitud creadora donde se refugia sin duda, quizá en espera de tiempos mejores o como un emocionante gesto simbólico, la original actitud creadora de los hombres con respecto al lenguaje.

Porque la lengua, imperfecta como instrumento de comunicación, guarda sin embargo en las entrañas de esa misma carencia una fuente de creatividad y de expresividad. La lengua es la cantera donde nos hacemos hombres y donde creamos humanidad. Fue precisamente de uno de los grandes poetas españoles de nuestro tiempo, el más que límpido Pedro Salinas, que aprendí esto, tan indeleble como certero: que el lenguaje “tira de uno”. Es decir que hay una vida propia del lenguaje, una vida en la cual siguen vivos todos los muertos que pasaron, y sus actos y sus vidas, una vida que quiere vivir en nosotros y “tira” de nosotros, especialmente de los poetas, para seguir viviendo, para seguir en vida.

Noam Chomsky, sin duda uno de los grandes lingüistas de nuestro tiempo, el genial intuidor de la concepción del lenguaje como idea innata, cuasi socrática, define más que claramente: “Toda lengua puede considerarse como una particular relación entre el sonido y el sentido”. Como ella, yo quiero concluir afirmando que hoy los poetas no somos tan sólo servidores o artífices de una lengua sino, como el idioma mismo y los millones de voces que lo hablaron y lo hablan, lenguas disponibles, lenguas dispuestas al conocimiento y a la comunicación, al descubrimiento y a la desnudez, a la fraternidad con el universo, el mundo y nuestros hermanos hombres. Y que, más allá de la fecunda confusión de Babel, del supuesto castigo que creó los muchos idiomas de los hombres, como los viejos gramáticos de Port Royal a los que Chomsky dedicó una de sus tesis, buscamos, en las profundidades de nosotros mismos, el atisbo del lenguaje común, la precisión temblorosa y latente que nos hará hombres entre los hombres, hijos de nuestras patrias y dignos de la patria del mundo, dispuestos a amar y a servir, a decir y a ser dichos, lenguas disponibles. ☒

Rodolfo Alonso (Buenos Aires, 1934-2021). Poeta, traductor y ensayista argentino. Fue el primer traductor de Fernando Pessoa en América Latina. Tiene más de 25 libros publicados, los más recientes: *El uso de la palabra*, poesía reunida 1956-1983 (Eduvim, Córdoba, 2017); *Arte de ver*, ensayos (Alción, Córdoba, 2017). Premio Nacional de Poesía en Argentina, Orden “Alejo Zuloaga” de la Universidad de Carabobo (Venezuela), Palmas Académicas de la Academia Brasileña de Letras, Premio Único de Ensayo Inédito de la Ciudad de Buenos Aires, Premio Festival Internacional de Poesía de Medellín (Colombia). Fue miembro activo del Concepto Editorial de *Archipiélago*.